

¿Bueno o malo?

Cuando “bueno o malo” pasan a ser etiquetas

Por José Inocente Rodríguez López *

“Si podemos aprender de algún principio es éste, que pienso que puede ser considerado cierto e indudable: no hay nada en sí mismo valioso o despreciable, deseable u odioso, bello o deforme, sino que estos atributos nacen de la particular constitución y estructura del sentimiento y afecto humanos”. (Hume).

Ayer y hoy, en términos generales, las personas tenemos la propensión de clasificar todo como “bueno o malo”. Son palabras comunes con las que convivimos de forma cotidiana.

Usamos estos términos para calificar y etiquetar situaciones, eventos, personas, incluso nos auto-etiquetamos con valoraciones sobre nuestro desempeño, resultados o acciones: ¡Qué bueno soy! ¿Por qué seré tan malo? Me quedó muy bueno esto o aquello. Nos atrevemos a indicar que las cosas, las ideas, los fenómenos naturales, las personas, las profesiones son buenas o malas. A todo le aplicamos esta clasificación dicotómica.

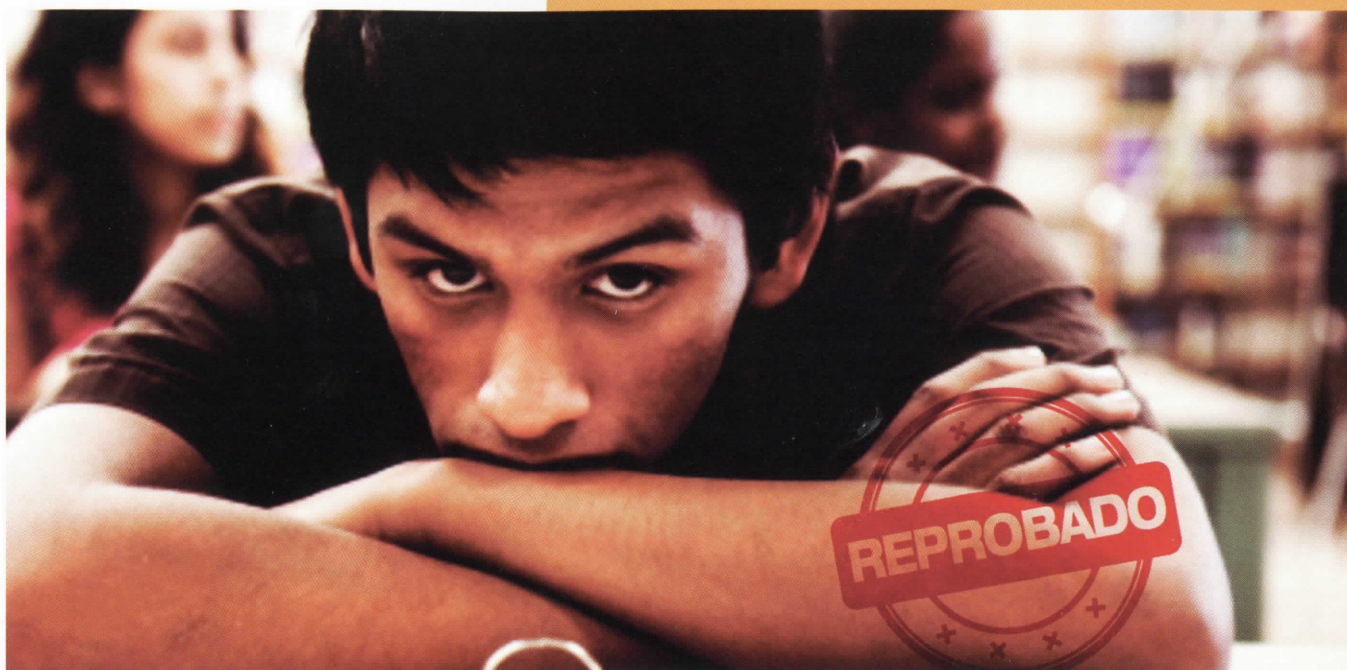
“Bueno o malo” en el ámbito educativo.

Desde luego, en el ámbito educativo también se hace uso particular de dichos términos: los rendimientos escolares, los profesores y los mismos estudiantes son catalogados como buenos o malos.

La escala de promedio escolar está marcada desde MUY MALO hasta EXCELENTE, pasando por malo, regular y bueno.

¿Hay “malos o buenos” docentes?

“Malos docentes” debería ser en el imaginario, aquellas personas que dedicándose a esa digna ocupación, intencionadamente crean efectos nocivos, para moldear mentes, crear antivalores, perjudicar personas y a la sociedad entera. Desde esa lógica serían malos o malas, si la maldad residiera en ellos y ellas. Puede haberlos, pero prefiero pensar que son minoría; lo que más bien existe son docentes con deficiencias, con oportunidades de mejorar; resultado de una convergencia entre el poder ser y el poder contar-con. Poder ser orientadores, facilitadores con autoridad y apoyo. Todo cuanto se exige desde las nuevas perspectivas educativas. Poder contar-con ingresos, espacios, recursos, colaboradores, padres interesados y responsables, estudiantes respetuosos y auto-motivados, directores y funcionarios asertivos



y apoyadores. ¿Cuentan estos docentes con todo ello? No lo creo, por muchas razones. Entonces ¿por qué decir que son malos o malas?

¿Hay “malas o buenas” políticas educativas?

Agreguemos al escenario “las malas” políticas educativas como lo expresa el ex ministro de educación Miguel Ángel García (2014) para quien las notas no reflejan el nivel de conocimiento y vocación de un profesional. En lo personal me preocupa que menos del 10% de aspirantes a las carreras de ingenierías logra aprobar el examen de ubicación. ¿Son de por sí *malas* esas políticas? Pienso que caben otros calificativos, pero ellas como entidades no tienen ética y moral.

Propuesta: entre lo bueno y lo mejor

Ética y moralmente es *bueno* que se implementen estrategias inclusivas, propiciar que “todos” las/los nicaragüenses, en especial niñas y niños, asistan a la escuela. Si esto es gratuito, *mejor* para las

economías familiares. Pero no es tan *bueno* para ellos y ellas mismas cuando su inserción implica grupos sobrepoblados, aulas sin infraestructura mínima para albergar tanta demanda, ausencia de espacios, tiempos y condiciones para una atención personalizada. Es *bueno incluir* pero es *mejor integrar*, es *bueno* permitir el ingreso, pero *mejor* que sea con todas las condiciones para optimizar los aprendizajes y la socialización.

¿Hay “malos o buenos” estudiantes?

Si pensamos que las/los estudiantes son malos y malas, ¿qué sentido tiene desarrollar estrategias de educación constructiva? Al evaluar se supone que intentamos determinar más que todo el nivel de logro de objetivos propuestos pero terminamos diciendo “son *buenos* o *malos* estudiantes”. No decimos: “son estudiantes que han logrado estos objetivos o que han sobrecumplido algunos de ellos”. Los sujetos incorporados en los procesos educativos, no somos buenos o malos por nuestro

rendimiento o por nuestra capacidad para lograr propósitos con muchos o pocos recursos. Nos ayudaría más, que las evaluaciones utilizaran categorías que permitan ir más allá de la simpleza del blanco y el negro, del “bien” y del “mal”. Categorías que concuerden con una mentalidad y con un ideal de cooperación para un mundo más equitativo, menos confrontativo.

Es un reto de alta exigencia. Pero vale la pena asumir y será gratificante superar el uso de esas categorías poco adecuadas. Dejar de etiquetarnos y etiquetar a otros y otros, para iniciar a acompañarnos, a guiarnos unos a otros hacia esa formación integral y renovadora.

Referencias

- Cuadra V., J.J. (2012, 30 agosto). *La calidad educativa en Nicaragua*, La Prensa, p. A10.
- Del Cid, A. (2014, 26 Enero). “La nota no es lo importante”. Entrevista a Miguel Ángel García. *La Prensa, Suplemento Domingo*, pp. 14, 15 y 16.
- Hume, D. (s.f). *El escéptico*, en Blasco Isabel: *Teoría Ética de David Hume*. PDF.

* Docente de Sociología